

CXXVI.

Del tiempo, más que del trabajo, avara,
La gente se prepara,
El remo suelta, y su esperanza funda
En la corriente azul del Oceano,
Como el dolor humano,
Amarga, si, pero también fecunda.

CXXVII.

Tres veces por el ámbito marino
Con provechoso tino
Tiende la fuerte red, y las tres veces
Al recogerla, abrigó su trama,
La refulgente escama
Que en vívido montón lucen los peces.

CXV VIII.

—¡Te lo anuncié, Miguell Ya ves si es cierto.—
Dice alegre Roberto,
Mientras que sujetando por la agalla
Con diligente mano desenreda
Al pez, que preso queda
En los hilos nudosos de la malla.

CXXIX

Y con aire triunfal alzando á pulso
Un sollo, que convulso
Entre su férreos dedos se torcía,
Regocijdo exclama:—¡Brava presal
No se pone en la mesa
Del rey, cosa mejor. ¡Este es gran día!—

CXXX.

El sol empieza á declinar. La gente,
A medida que siente
Su ganancia crecer, redobla, el celo,
Y sin cejar un punto en su tarea,
Quién en la red se emplea,
Quién, sentado en la borda, echa un anzuelo,

CXXXI.

Quién al empuje pez, que agonizante
Colea, en un instante
Con implacable actividad remata;
Y de la pesca el acre olor parece
Que alienta y fortalece
Al marinero en su existencia ingrata.

CXXXII.

A poco, tenue y vaporoso velo
Fué enturbiando del cielo
La limpia claridad. Oscura nube
Desde el confin remoto se avecina,
Sorbiendo la neblina
Que de las ondas impalpable sube.

CXXXIII.

A medida que llega va aumentando:
El mar plácido y blando
Por momentos se encrespa y alborota.
Estremécese el viento, antes dormido,
Y hácia el agreste nido
Tiende el medroso vuelo la gaviota.

CXXXIV.

De improviso un racha fugitiva
Del oleaje aviva
El impetu naciente. Las espesas
Nubes marchan en giro apresurado,
Y al fin rompe el nublado
En gotas tan escasas como gruesas.

CXXXV.

—¡Hum!—exclama frunciendo el entrecejo
Un pescador ya viejo:
—¡El tiempo muda, la borrasca avanza!—
Y otro añade después:—¡Se agió la fiesta!—
—¡Ah, cobardes!— contesta
Miguel en tono de amistosa chanza:

CXXXVI.

—¿Os asusta una nube de verano?—
 —¡Sí!—responde el anciano.
 —¡La galerna está encima!—No discuto—
 Le interrumpe el patrón.—Mas Juana ha muerte
 Y yo no vuelvo al puerto
 Si no llevo á su padre para el luto.—

CXXXVII.

Y la pesca siguió con mayor brio,
 Sin que del mar bravío
 La sorda turbación los contuviera.
 Pues ¿quién fuerza al lebrej cuando en la pista
 la ansiada res avista,
 A pararse en mitad de su carrera?

CXXXVIII.

Mas de golpe la lluvia se desata
 Cual rauda catarata;
 El huracán sus ráfagas sacude
 Como un corcel la crin; al llamamiento
 Del alterado viento,
 La ola, bramando de furor acude.

CXXXIX.

Y se empeña otra vez con recio embate
 El eterno combate
 Que presencian los siglos confundidos,
 En que, después de trágicos horrores,
 Los fieros gladiadores
 Ceden cansados, pero no vencidos.

CXL.

Quédase muda de estupor la gente.
 Negra, inmensa, rugiente
 Rueda la tempestad: con ciego empuje
 Cual fogoso bridón que se desboca,
 La ola adelanta, choca
 Contra la barca, retrocede y ruge.

CXLI.

—¡Holal—grita Miguel.—¡Cortad la cuerda
 Aunque la red se pierda!
 Aún habrá tiempo de llegar el faro.
 ¡Animo, chicos! y forzad las remos,
 Que pronto arribaremos.
 ¡La santa Virgen nos dará su amparo!

CXLII.

El endeble timón Miguel aferra
 Y á la cercana tierra
 Dirige el rumbo como buen marino,
 Mientras la gente, ante el peligro absorta,
 Con ágil remo corta
 La indócil ola, abriéndose camino.

CXLIII.

Como acosado por la voz del trueno,
 El mar su turbio seno
 Con resonante convulsión agita;
 Cual irritada fiera el lomo enarca
 Y hácia la fragil barca
 Sus gigantescas olas precipita.

CXLIV.

A merced de la mar arrolladora,
 La lancha pescadora
 Los golpes sufre, pero no desmaya.
 Y los vecinos del lugar, en tanto
 Vuelan llenos de espanto,
 En confuso tropel hácia la playa.

CXLV.

Mozos, ancianos, niños y mujeres,
 Imploran por los seres
 Que amenaza el furor del mar sombrío,
 Y ardiente quejas, alteradas voces
 Revueltas y veloces,
 Pueblan el aire en ronco griterío.

CXLVI.

Luégo el tropel desordenado y vario
 Invade el santuario
 Que la escarpada cúspide corona,
 Donde al pié del altar, una y cien veces
 Con dolorosas pées,
 Pide auxilio á su célica Patrona.

CXLVII.

Joven esposa sus cabellos mesa,
 Otra en silencio besa
 Desesperada á un párvulo inocente,
 Un débil niño en su pueril despecho,
 Golpeándose el pecho,
 En el polvo del templo hunde su frente,

CXLVIII.

Otro ofrece á la Virgen con devoto
 Fervor, sencillo voto;
 Y de concurso general, movido
 Por el temor, la angustia y el deseo,
 En alto clamoreo,
 ¡Ay! más que una oración, es un gemido.

CXLIX.

En el lugar más arduo de la costa,
 Hacia la boca angosta
 Del canal, siempre al marinero aciaga
 Bulle otra multitud, dando á los vientos
 Sus ayes y lamentos,
 Que el recio són del temporal apaga.

CL.

Pintandose en su faz el extravío,
 Por medio del gentío,
 La madre de Miguel, como una sombra,
 Se mueve sin cesar. Corre, pregunta,
 Reza, las manos junta,
 Y al hijo amado, inconsolable nombra.

CLI.

Rosa trémula y muda la acompaña;
 Copioso llanto baña
 Sus claros ojos que oscurece el duelo
 Tiene el lívido rostro de una muerta,
 Y la razón cubierta
 De tormentosas nubes como el cielo.

CLII.

Todos enternecidos la abren paso.
 ¿Conocerán acaso
 La noticia fatal? La incertidumbre
 De Rosa, surge á tan horrible idea,
 Y con terror pasea
 Su vista por la absorta muchedumbre.

CLIII.

Aquel silencio lúgubre la mata.
 Frenética, insensata,
 A una amiga se acerca:—¿Dónde, dónde
 Esta Miguel? ¡Ten lastimal—solloza.
 La sorprendida moza
 Mírala estupefacta, y no responde.

CLIV.

—¡Ha muerto!—añade acongojada.—¡Ha muerto—
 Pero un marinero experto
 En los trances del mar, compadecido
 De la atroz inquietud que la enajena,
 Para templar su pena
 Dícele con amor:—¡Cobra el sentido

CLV.

¿A qué viene apurarse de esa suerte?
 ¿Qué sacas con ponerte
 En el último extremo? Cuando tarda
 La barca en presentarse, conjeturo
 Que ya en lugar seguro,
 Tan sólo el fin del temporal aguar la

CLVI.

¡Eal Enjuga tus lágrimas: no llores,
 Porque riesgos mayores
 Ha vencido Miguel, que es tan resuelto.—
 —Mas ¿le viste volver?—pregunta Rosa
 Turbada y anhelosa,
 Y le contesta el pescador:—No ha vuelto.—

CLVII.

Entonces trepa á la escarpada cima,
 Al borde se aproxima
 Del saliente peñón, como una idiota,
 Y expuesta á peligroso paroxismo,
 Avanza hácia el abismo
 La descompuesta faz, que el viento azota.

CLVIII.

En medio del pesar que la anonada,
 La atónita mirada
 Hunde en la inmensidad, y es su porfía
 Tan profunda y tenaz, que si pudiera,
 La mar rebelde y fiera
 Con sus ávidos ojos sorbería.

CLIX.

¡Ayl ¡si lograrse traspasar la brumal...
 ¡Si entre la blanca espuma
 Viese al mortal por quien suspira y ruegal..
 Cuando divisa un barco en lontananza,
 Renace su esperanza
 Y clama, llena de ansiedad: ¡Ya ilegal—

CLX.

¡Estéril impaciential ¡Vano empeñol
 ¿En dónde está su dueño
 Que no acude á su voz? ¿Por qué no viene?
 Su amante madre la acaricia y calma.
 ¡Compadece al alma
 Que da consuelos ¡ay! y no los tienel

CLXI.

Allá en la playa un grupo generoso,
 Sin tregua ni reposo
 Anuda cuerdas y apareja un bote,
 Sometido al mandato soberano
 De respetado anciano,
 Mezcla de marinero y sacerdote.

CLXII.

Viril arrojo en sus pupilas arde
 Sin ostentoso alarde,
 Y aunque á los años la cerviz inclina,
 Presta vigor á su cabeza cana
 La fortaleza humana,
 Templada al fuego de la fe divina.

CLXIII.

Al cabo por la estrecha cortadura,
 Luchando á la ventura
 Con el viento y las olas, impelida
 Por la borrasca hácia el difícil paso,
 En donde puede acaso
 Quedar á salvo ú perecer hundida,

CLXIV.

Entre el fragor que por momentos crece,
 Intrépida aparece
 La barca de Miguel; pero ¡en qué estado!
 Cual gladiator que tras inútil prueba
 Huye vencido, lleva
 Cien heridas de muerte en su costado.

CLXV

Resistiendo la cólera salvaje,
 Del soberbio oleaje,
 La gente fuerzas del peligro cobra;
 Y aunque la lancha, como leve pluma,
 Entre montes de espuma
 Parece á cada instante que zozobra.

CLXVI.

Cien veces con impavido heroísmo,
Resurte del abismo
Obediente á la mano que la guía.
Ninguna voz en su interior se escucha,
Que el riesgo de la lucha
Tiene una majestad muda y sombría.

CLXVII.

¡Oh! ¡van á perecer! -- ¿Queréis seguirme? --
Con voz entera y firme
Pregunta el cura. -- ¡A vuestro amor apelo!
Arrancaremos á la mar su presa,
Y si en tan santa empresa
Morimos, ¿qué es morir? ¡Ganar el cielo! --

CLXVIII.

El religioso impulso que le mueve
Su aliento dobla, leve
Cual fornido mancebo, al bote salta.
El peligro conoce y no le esquiva:
Pues ¿á quién, si arde viva
La fe en su pecho, el ánimo le falta?

CLXIX.

Todos se aprestan á seguir su suerte,
Que aquel combate á muerte
De generosa emulación los llena.
¡Oh humanidad, tan pronta al sacrificio,
Podrá mancharte el vicio
y ofuscarte el error; pero eres buenal

CLXX.

El bote listo ya, con seis remeros
Hábiles y ligeros.
Abrirse paso hácia el canal ensaya.
¡Vana ilusión! ¡La mar embravecida
Con fuerte sacudida,
Pedazos hecho le arrojó á la playal

CLXXI.

— ¡Señor! Tus altos juicios no escudriño! --
Llorando como un niño,
Gimió en su angustia el viejo venerable.
— Pero no hay tiempo que perder. ¡Subamos,
Hijos! Tal vez podamos
Desde el mismo peñón echar un cable. --

CLXXII.

Respondiendo á su voz, según costumbre,
A la empinada cumbre
El grupo corre, y con empeño lanza
El recio cabo á la corriente llega
Mas ¡hay! che nunca llega
Al naufrago batel. ¡No hay esperanza!

CLXXIII.

¡No hay esperanza! El cura consternado
Increpa al mar airado.
Sin freno alguno que su empuje venza,
La tempestad incontrastable brama.
Y el noble anciano exclama:
— ¡Hijos míos! ¡Yo acabo, y Dios comienza! --

CLXXIV.

¡No hay esperanza! Y la barquilla aún flota
Desgovernada y rota.
Aún los pobres remeros, más audaces
Cuanto más la borrasca se acrecienta
Lidian con la tormenta
Desesperados, sí, pero tenaces.

CLXXV.

¿Dónde tender la salvadora amarra?
¿Cómo cruzar la barra
Que el paso cierra del canal estrecho,
Si ya tiene la barca pescadora,
Quebrantada la prora,
El casco hundido y el timón deshecho?

CLXXVI.

El avariento mar la presa ansia.
 ¡Ya es suya! Todavía,
 Resistiendo en los frágiles despojos
 Del roto barco, en su ansiedad suprema.
 La gente rema, rema,
 Rema, y nublan las lágrimas sus ojos.

CLXXVII.

¿Qué busca? ¿A dónde va? ¿Por qué se afana?
 Su resistencia es vana.
 ¡Ay! la esperanza al corazón se aferra
 En los casos adversos é infelices.
 Aún más que las raíces
 A las duras entrañas de la tierra.

CLXXVIII.

—¡Juan, lárgame una estacha!—grita el bravo
 Miguel,—y por un cabo
 Atala pronto y bien, que si consigo
 Con el otro nadar hasta la orilla,
 Podrá nuestra barquilla
 En la gruta del faro hallar abrigo.—

CLXXIX.

Dobló la frente oscurecida y grave.
 ¿En qué pensaba? ¿Cabe
 Dudarlo en punto? En el edén perdido,
 En su infeliz mujer, en el risueño
 Ángel, que vió en un sueño,
 Huérfano ¡ay trístel aún antes de nacido.

CLXXX.

De pronto grita Juan:—¡Ahí va la estacha!—
 Miguel la frente agacha
 Para esquivar el golpe: mas Roberto,
 Cogiéndola en el aire de improviso,
 Prorrumpo: No es preciso:
 Yo llegaré á la costa, vivo ó muerto.—

CLXXXI.

La pasión que alimenta su ternura,
 Y en él, como la pura
 Lámpara de un altar, arde escondida,
 Le inspiró, en su postrera llamarada,
 Ofrecer á su amada
 Non sólo el corazón, sino la vida.

CLXXXI.

De su mojado traje se desnuda,
 Y á su cintura anuda
 La retorcida cuerda. Intenta en vano
 Resistirse Miguel en són de queja,
 Y se obstina, y forceja
 Y arrancársela quiere de la mano.

CLXXXIII.

—¡Quita!—Roberto exclama:—¡Si en un credo
 Ganar la costa puedo!
 ¡Es inútil que chilles: no te escuchol
 Esto sería asesinar á Rosa.—
 Y con voz temblorosa
 Dice, saltando al mar:—¡Quiérela mucho!—

CLXXXIV.

Hácia el negro peñón el rumbo guía,
 Y sin temor confía
 A sus robustos brazos su defensa.
 Pero de pronto, en turbio remolino,
 A trastornarle vino
 Ola veloz, arrolladora, inmensa.

CLXXXV.

Sobre su frente de improviso estalla,
 Y en desigual batalla
 La revuelca, le arrastra y le sofoca.
 Desaparece el desdichado, juega
 La onda con él, y ciega
 Le estrella al fin contra la enorme roca.

CLXXXVI.

Ante aquel espectáculo de muerte,
Desencajada, inerte,
De pie sobre la mole de granito
Que sacude la mar tempestuosa,
Lanzó de pronto Rosa
Un grito aterrador. ¡Qué horrible grito!

CLXXXVIII.

El ¡ay! desgarrador, como una espada,
De quien no espera nada;
¡Ay! que del corazón en lo más hondo
Las heces amarguisimas remueve
Del cáliz en que bebe
La humanidad, para el dolor sin fondo.

CLXXXVIII.

Cual mies que cede al ímpetu del viento,
Convulsa, sin aliento,
Levantando sus manos, ya inactivas,
La humilde multitud se postra en tierra,
Y con fervor que aterra
Eleva á Dios sus preces aflictivas.

CLXXXIX

¡Oh momento solemnel! Austero y triste
La majestad reviste
De su augusta misión el sacro anciano,
Y humedeciendo el llanto sus mejillas,
Se dobla de rodillas
Ante la inmensidad del Oceano.

CXC.

Su mano extiende trémula y cansada,
Levanta la mirada
A la celeste bóveda, testigo
Mudo de tanto horror, y con acento
Parecido á un lamento:
— ¡Hijos! — grita, — ¡Os absuelvo y os bendigo! —

CXCI.

¿Qué vió después la multitud? Ver pudo
El cielo siempre mudo,
Desierto el mar, la barca destruida,
Y una hermosa mujer, rígida y yerta,
Lo mismo que una muerta,
En el estéril peñascal tendida.

CXCH.

Un año ha trascurrido. La alta cumbre
Con su postrera lumbré
Baña fúlgido sol desde el ocaso,
Y en hora tal de paz y de misterio,
Al santo cementerio
Una débil mujer dirige el paso.

CXCH.

¡Cuán sola está, cuán pobre, cuán cambiada!
Rosa de pronto ajada
En mitad de su alegre primavera,
Bajo el vivaz recuerdo que la excita,
Aquella flor marchita
¡Ni sombra es ya de lo que entonces fueral

CXCV.

Abraza y besa con febril cariño
A un escuálido niño
Nacido entre miserias y trabajos.
El hatillo de príncipe, que un día
Soñó la fantasía
Del infeliz Miguel, era de andrajos.

CXCV.

Recrudeciendo el duelo que la enerva,
Entre la fresca hierba
Dos fosas busca, se prosterna y ora.
Y cobrando calor de un seno amante,
El desvalido infante
Sus manecitas mueve, y también llora.

CXCVI.

¡Ay! ¿Podrá ser que el leño de la selva
A engalanarse vuelva?
¿Renovará sus cánticos el ave
Que dejó la borrasca, herida y muda?
¿La infortunada viuda
Olvidará algún día? ¡Dios lo sabel

CXCVII.

Todo lo gasta y borra el tiempo ingrato:
El ardiente arrebató
Del amor, la ilusión que se deshoja,
La fe que espira, el gozo y el tormento:
Que el hondo pensamiento,
Como el mar, sus cadáveres arroja.

CXCVIII.

Mas quando alguno en nuestra mente queda,
Quando tenaz se enreda
Al débil corazón, y en él dilata
Su raíz, come hiedra trepadora,
Entonces nos devora,
Porque el triste recuerdo, ó muere ó mata

 POEMAS CORTOS

EN EL CREPÚSCOLO VESPERTINO.

(EL PRIMER BESO DE AMOR)

I.

Al morir el invierno, el mundo siente
renacer su agostada lozania
y cobra de improviso la energía
con que despierta el alma adolescente.

Corre la savia, como oculta fuente,
por el árbol, sin hojas todavía,
y so la tierra aletargada y fría
palpitan el insecto y la simiente.

Cuando sus auras germinales lleva
Marzo ventoso hasta el sepulcro grano,
todo se anima y todo se remueva.

Sólo, como un sarcasmo de la vida,
en el marchito corazón humano
¡ay! no retoña la ilusión perdida.

II.

Amorosos y tiernos desvaríos
que encendisteis la sangre de mis venas
ya tan lejanos de mi edad, que apenas
tengo valor para llamaros míos,